

# El dragón de komodo

Las piezas  
del Museo  
y sus  
historias



Alfileres y clavos dan forma a las arrugas y posición de las patas mientras se seca el montaje. Foto MNCN



Texto y fotos:  
Jesús Dorda



## El dragón de Komodo fue la última pieza naturalizada en el estudio de Taxidermia del Museo y lo realizó José Luis Benedito, nieto de Luis Benedito y cuarta generación de una familia de taxidermistas muy ligada al MNCN.

En la exposición Biodiversidad, en la sala principal de la zona de Biología del Museo, se encuentra un ejemplar de dragón de Komodo, *Varanus komodoensis*. Está en una vitrina dedicada a la Evolución de la Biodiversidad, concretamente a la evolución insular. Es un inmejorable ejemplo del gigantismo que se encuentra en algunas especies, sobre todo reptiles, que se han desarrollado en las islas, aunque hay teorías que indican que esa especie es en realidad un superviviente de grandes varanos que tenían una distribución más amplia. A su lado en la exposición, lógica compañera hablando de gigantismo, una hermosa tortuga de las Islas Galápagos.

En este artículo hablaremos de su historia, llegada y preparación. Este ejemplar procede del Zoo de Madrid (ahora llamado ZooAquarium). Es un macho y, junto a una hembra, lo regaló el presidente de Indonesia a los Reyes de España en 1982. Sin embargo, el animal no se adaptó a su destino madrileño y murió poco tiempo después. El entonces veterinario de Zoo, Antonio Luis García del Campo, era una persona muy sensibilizada por que los animales del Zoo no se perdiesen sin más tras su muerte, sino que fuesen utilizados, en la medida de lo posible, para su estudio científico y aprovechamiento educativo. Así es como muchos ejemplares de interesan-

tes especies llegaron al Museo y a la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad Complutense en aquella época. El dragón es prueba de ello.

*“El dragón de Komodo es un inmejorable ejemplo del gigantismo que se encuentra en algunas especies que han evolucionado en las islas”*

El Dragón de Komodo tal y como está expuesto hoy en la muestra permanente del MNCN Biodiversidad

El cuerpo del dragón llegó cuando trabajaba de taxidermista D. Ángel Chaves, que había sido alumno directo de los hermanos Benedito y que también era un genial artista. Como él mismo me contó, Chaves había empezado a trabajar en el Museo con 14 años, cuando aún era su director D. Ignacio Bolívar... pero esa es parte de otra historia. La cuestión es que D. Ángel no quería ver los reptiles ni en pintura y mucho menos prepararlos. Como en la Colección de Herpe-





tología no había sitio ni personal para prepararlo ni conservarlo, durmió el frío sueño del congelador durante cinco años, al menos.

Pero Chaves se jubiló pocos años después de que hubiese entrado a trabajar en el Museo José Luis Benedito Bruñó, nieto de Luis Benedito, nuestro famoso taxidermista. Y más o menos en esa época, el autor de este artículo aprobó su oposición de “museística de las ciencias naturales”, teniendo a su cargo, entre otros, el laboratorio de taxidermia.

Fue entonces cuando se me ocurrió que ya había llegado el momento de preparar el dragón de Komodo, especie por la que siento una especial fascinación. Yo había estado casi tres años antes trabajando como preparador en la Colección de Herpetología, y el dragón era como una espina clavada esperando el día en que pudiese sacármela. No es que el encargo le hiciese muy feliz a José Luis, que tampoco era muy amigo de los reptiles y se enfrentaba a un verdadero



Esqueleto en la Colección Herpetología MNCN. Foto Jesús Dorda.

*“Hoy, poca gente que ve al dragón en su vitrina, llega a adivinar qué partes son y no son auténticas y todo el trabajo que hay detrás de esa obra”*



Palmas y dorso de las manos. Colección Herpetología MNCN. Foto Jesús Dorda.





Jesús Juez y Eugenio Terradillos, ayudantes en el laboratorio de taxidermia, rellenando partes vacías para hacer el molde. Foto MNCN



Réplica en resina de la cabeza. Colección Herpetología MNCN. Foto Jesús Dorda.



reto personal, pero precisamente por eso, creo que no había duda de que “el dragón” había que hacerlo.

Antes de empezar, José Luis necesitaba tener referencias de cómo es el animal vivo. Así que con los entonces fotógrafos del Museo, Mariano Bautista y Ángel Sanz, me fui al Zoo donde amablemente nos permitieron entrar en el terrario, que tenían habilitado en el llamado Pabellón de Invierno. Allí vivía la hembra superviviente de la pareja. Por supuesto, estuvimos acompañados por su cuidador, que nos advertía y mantenía a resguardo de sus coletazos, mientras le ha-

*“José Luis Benedito se enfrentaba a un verdadero reto personal. Precisamente por eso, ‘el dragón’ había que hacerlo”*

cíamos fotos desde todos los ángulos posibles. Además, le dio de comer un par de pollos para tranquilizarla, lo que nos permitió ver con qué facilidad los machacaba antes de tragárselos enteros... ¡y lo que podía pasar si llegaba a mordernos...!

Volviendo al ejemplar macho del museo, una vez descongelado mostró que durante la autopsia se le habían retirado al animal las vísceras y la mayor parte de la piel ventral y estaba bastante deshidratado por su permanencia en el congelador. Mal empezábamos. Además, por si hubiese pocas dificultades, el departamento de Paleontología había pedido a Borja Sanchiz, que entonces se ocupaba de la colección de anfibios y reptiles, que se conservasen no solo los huesos del cuerpo, sino también los huesos del cráneo, manos y pies, que habitualmente se suelen dejar en el interior de la escultura, como es tradicional en la dermoplastia. No todos los días se consigue un



ejemplar de esta especie y sus huesos eran importantes para estudios de anatomía comparada.

Sin cabeza, sin patas, sin vísceras que le den forma y sin piel en la papada y vientre... ¿queda algo para hacer la naturalización? ¿Quién dijo que iba a ser fácil?

Afortunadamente, nuevos materiales estaban ya utilizándose en taxidermia y esta era también una buena ocasión para que José Luis y sus compañeros del laboratorio experimentasen con nuevas técnicas. Lo primero en hacerse fueron los moldes del cuerpo con escayola, siguiendo el tradicional método para conservar las medidas antes de que se deteriorase. Para ello, como puede verse en la imagen, hubo que rellenar de viruta de madera la cavidad visceral, que estaba vacía, y cerrarla con arcilla dándole una forma lo más natural posible.

A continuación, se hizo un “positivo” rellenando los moldes con foam. Era la primera vez que se utilizaba ese material en el Museo. El maniquí resultante no tenía la postura deseada, así que se cortó, curvó y volvió a modelar añadiendo masilla hasta que se consiguió una forma y postura natural.

*“Sin cabeza, sin patas, sin vísceras que le den forma y sin piel en la papada y vientre... ¿queda algo para hacer la naturalización?”*

También se hizo una réplica de la pelvis en resina para poder insertar, en su sitio y de la manera adecuada, las patas traseras en el maniquí. Las extremidades se dispusieron con alambre grueso rellenando después la piel a la vez que se modelaban los músculos y articulaciones.

De la cabeza se hizo un molde de silicona y el positivo con resina y fibra de vidrio. Las manos y pies, de momento, se dejaron dentro de la piel para darles postura a los dedos, que estaban muy endurecidos y secos por su estancia en el congelador.

Así, la “nueva cabeza” de resina con sus ojos de cristal, se colocó en la escultura del cuerpo y se procedió a colocar la piel. Recuerdo que en ese momento toda mi insistencia con José Luis era mostrarle las fotos de la hembra y decirle que los dragones de Komodo tenían muchas arrugas, especialmente en los laterales y la zona de

José Luis Benedito cosiendo la piel del vientre del dragón. Foto MNCN





*En su preparación se “rompieron moldes” para sacar adelante un novedoso trabajo.*



Positivo de foam (ocre) cubierto con masilla de modelar (gris) para darle la forma definitiva. Foto MNCN

la papada, que las tenía que marcar más. José Luis se defendía argumentando que no tenía piel de la que tirar para hacerlas. Aún así, hizo lo imposible por conseguirlo y con cientos de alfileres fue dando forma a las imposibles arrugas.

La piel, como ya he comentado, no cubría una amplia zona ventral, así que hubo que cubrir esa parte con resina, con la que modeló las escamas como mejor pudo.

Una vez el animal “puesto de pie”, seco y casi terminado, fue el momento de cortar las manos y pies para entregarlos a la colección de Herpetología, como ya se había hecho con la cabeza y el resto del cuerpo despellejado. Entonces se les hicieron moldes de silicona y luego réplicas en resina y fibra, que son las que se incorporaron al animal taxidermizado, disimulando con perfección, igual que en la cabeza y vientre, las zonas de unión entre la piel y las piezas replicadas en resina.

Finalmente llegó el momento de pintar para terminar de igualar las zonas “verdaderas” y las réplicas. Creo que hoy, poca gente que ve al dragón en su vitrina, llega a adivinar qué partes son y no son auténticas y, por supuesto, el trabajo que hay detrás de esa obra, aunque no sea tan llamativa como otras que se encuentran en las salas de exposición.

El dragón de Komodo se colocó en la sala sobre “Historia de la Tierra y de la Vida”, que se inauguró en 1989, junto al gran cocodrilo del Nilo. Durante unos años los dos sufrieron incontables vandalismos por parte del público, por no estar adecuadamente protegidos. Las uñas e incluso al-

gunos dedos fueron una y otra vez arrancados y repuestos por parte del laboratorio de taxidermia primero y luego por el de restauración de Paleontología, igual que algunos dientes del cocodrilo. Ahora, desde 2012, por fin, se encuentra debidamente protegido y respetado en lo que vale, en su vitrina de la exposición *Biodiversidad*. Lástima que José Luis no pueda verlo ya.

Quiero, con este artículo, hacer una reivindicación del trabajo de José Luis Bedito en el Museo, que tuvo la suerte de ser descendiente de una extraordinaria saga de artistas, pero la desgracia de estar continuamente comparado con ellos. Le tocó también vivir uno de los peores momentos para las piezas taxidermizadas del Museo, cuando se retiraron de las salas de exposición, se desmontaron grupos, se almacenaron de mala manera y hasta se despreciaron llamándolas “monigotes”. José Luis dejó su plaza de funcionario en el Museo donde no tenía apenas trabajo que hacer, en una época en que las piezas y los taxidermistas sobraban. Se fue para trabajar en su propio estudio, en el que continuó hasta su prematura muerte en 2011 con apenas 52 años. Muchas veces pienso, mirando el dragón de Komodo, que igual que en su preparación se ‘rompieron moldes’ para sacar adelante un novedoso trabajo, quizás, si hubiese tenido otro apoyo, se podría haber experimentado y hecho nuevas cosas en el Museo. Así lo hicieron en su momento sus antepasados, en la época de ese inigualable director del Museo que fue D. Ignacio Bolívar, comprometido tanto con la ciencia como con las exposiciones y la educación ■

